

Máximo Simpson

VIEJOS



DOÑA EMELINA

—¡No se vaya!

El grito, ronco, imperativo, trasuntaba un miedo que la excedía, y al mirarla sentí un brusco sobresalto. Y ahí me quedé, sentado junto a la cama desde la que me hablaba y en la que vive desde hace años. Entendí que había sido vecina o había mantenido alguna vinculación con un ex presidente de la República, que tuvo un marido al que amaba y detestaba, que había recogido en la calle a una niña huérfana y que un día, muchos días y días después de aquel acontecimiento, la puso frente a un hombre para que juntara su vida con la de él, y que imprecisos parientes o amigos de su lejano o difunto marido la socorrían para que pudiera pagar la mensualidad, o la pagaban por ella, y que había sido desdichada, y que estaba ahí, en esa cama, en esa habitación del asilo de ancianos por circunstancias ininteligibles, excluyentes y contradictorias. Y que le escamoteaban la comida, que le negaban el agua —dijo mientras yo observaba sobre la mesita, junto al lecho, una pulcra y accesible jarra de cristal en la que se reflejaba, como en un lago diminuto, un fragmento del pequeño y tal vez vasto mundo de doña Emelina, que a cada rato me preguntaba con su innumerable decoro en tono suave, desafiante: “Parlez vous française?” Y continuaba hablando en castellano, y me decía: “Yo no tengo a nadie, yo no tengo mamá, yo no tengo papá, yo no tengo tíos ni tías, y me han descompuesto el televisor a propósito, porque..., porque...”

Miré el reloj. Y mientras, distraídamente, daba un vistazo a la habitación, vi entrar al contertulio de siempre: apoyándose en su bastón, temblando como si tuviera escalofríos y avanzando trabajosamente, acercó una silla y se sentó a mi izquierda, con sus labios caídos y el oro de sus lentes y su mirada de una inteligencia pretérita, tributaria de antiguas acechanzas. El hombre miraba hacia adelante y trataba de sonreír, de sentirse partícipe del diálogo.

Yo miré nuevamente el reloj.

—¡No se vaya! —dijo doña Emelina, y su enorme cuerpo blando, de grandes senos que caían como badajos vencidos, se incorporó en la cama. Miré su rostro que había sido hermoso, tal vez enérgico y triste.

Hice un esfuerzo y me puse de pie, titubeante, culpable.

—¡No se vaya, no se vaya! —repitió doña Emelina, y ahora vi el pavor en sus facciones.

POSCRIPTUM

Un día doña Emelina desapareció de su habitación y sólo pude entreverla alguna vez, desde lejos, en la clínica del asilo. Una anciana del lugar me cuenta, cada vez que puedo oírla, que murió bajo los golpes de las enfermeras, empeñadas en obligarla a digerir comida inadecuada, y que sus gritos siguen resonando por las noches. Su visitante habitual, apoyado en un extraño armazón cromado, suele caminar por los jardines y pasillos con pasos increíblemente lentos, como si tuviera una eternidad por delante.

DON JAIME

“Ya no soy”, decía don Jaime con sus manos precarias, con su voz en ocaso. “Ya no soy”, repetía, y miraba incansablemente más allá de mis ropas y mis huesos, más allá de los muros de su cuarto.

“Ya no soy”, insistía una y otra vez, y su andar de juguete descompuesto parecía la sombra de su voz, el eco de don Jaime.

—Ya no soy —volvió a decir aquella tarde.

—¿Por qué dice eso, don Jaime? —le reconvine quedamente.

Don Jaime respondió con sus manos temblorosas y guardó silencio. Me miró despacioso, como quien se mira a sí mismo, y cerró los ojos, tal vez para verse más a fondo.

—¿Cómo está, don Jaime? —lo saludé otro día.

—Ya no estoy, hace tiempo que no estoy —dijo con visible esfuerzo, levantando la vista desde el ruinoso sillón de paralítico.

DON ISAAC

Siempre con su gorra de grueso paño, con sus ojos de una blandura honda, don Isaac me observó; don Isaac me observó mientras yo trataba de adivinar algo más detrás de su apariencia de hombre gris vestido con un saco grisáceo y un pantalón antiguo de estructura indecisa; don Isaac se puso a contemplarme, y yo también miré a ese hombre al que algo parecía arrastrar más allá de esos patios y jardines y de ese limpio y espacioso comedor donde cambiaba impresiones y compartía con sus compañeros una implícita convicción de transitoriedad.

A los 84 años cumplidos (“Nací en el siglo pasado, ¿qué le parece?”), don Isaac es un señor que ha trasladado al asilo,



junto con algunos hábitos personales, cierto minúsculo retazo del mercado interno: por unos pocos centavos de ganancia, provee de pañales nocturnos para bebés a las señoras que sufren de incontinencia, a las señoras recostadas contra un imaginario muro de los lamentos, agarradas desesperadamente a una rama de llanto, a un pedacito de hijo ya remoto y ajeno, a un fragmento de marido ya enterrado entre las nieblas del invierno, o al sonido de las palabras que dijeron antaño como una contraseña, como una llave viva y roja del color de las frutas.

A esas señoras, que meditan interminablemente acerca de los años y los días, o que ya se mueven como quejosos mecanismos, don Isaac les ofrece su benéfica mercancía: esas cajas grandes y verdes, llenas de pañales, que les permiten dormir sin despertarse anegadas, regresadas sin más a la indefensión de los perdidos orígenes.

Hablábamos de estas y de otras cosas, y de pronto don Isaac volvió a mirarme, ahora intensamente, con la esponjosa intensidad de sus ojos. Don Isaac me dijo:

—Cuando usted aún no había nacido, yo llegué a la Argentina, y trabajé en Berisso, ahí cerquita de Buenos Aires. Pero dos años después murió mi papá en Polonia. Y yo no sabía cómo era mi papá muerto, nunca lo había visto muerto. Mi papá estaba muerto. ¿Sabe usted lo que es tener a mi papá muerto? Yo me fui a Polonia para sacarlo de la tierra y verlo, porque era mi papá. Me fui a Polonia, y revolví la tierra, y miré a mi papá, a mi papá muerto. Pero estaba muerto y todo lo que hice no sirvió para nada.

Me miró otra vez con sus facciones tranquilas, y en la mansedumbre de sus ojos indefinidos creí ver una llamita temeraria, una orden tal vez, como una mano que desde la muerte lo llamara.

DON MENKE

Caminaba dando brevísimos pasos, como los saltitos de los pájaros, y lucía ese decoro que lo envolvía como un ropaje de suave dignidad. Don Menke llegó al asilo desde los Estados Unidos, sin saber una palabra de castellano. Su hijo, todavía joven y ocupado en los menesteres de su profesión, lo había dejado allí.

Me impresionó su aire de remota prosperidad contaminada por la resignación; resignación de quien se sabe vencido y sólo espera la sentencia explícita del juez que rubricará su derrota.

Una tarde estaba parado en lo alto de la escalera con una vaga expresión de azoro, con la boca abierta en un gesto que tenía algo de impreciso, de indeterminado, y miraba hacia

abajo como si atisbara el otro lado de las montañas, el otro lado del mar. Yo me acerqué para ofrecerle mi brazo, pero don Menke dijo con un leve temblor de sus mandíbulas:

—Quiero ser in-in-in-dependiente. No a-a-a-yudar.

Otro día, al verlo en las galerías del primer piso del asilo, me aproximé para saludarlo. Y cuando le puse la mano en el hombro, don Menke dijo:

—Tengo me-lan-co-lía. Yo melan-có-lico.

DON FELIPE

Tenía un plan para transformar el mundo, pero estaba ahora en un asilo de ancianos, siempre vestido como para una fiesta, con su corbata impecable y su pantalón y su saco un poco grandes, un poco holgados para su tamaño. Lucía siempre su traba en la corbata, su aspecto de hombre recién bañado y recién afeitado, y en medio de las mayores desdichas mostraba una notable compostura, un aire de domingo feliz, de vísperas fiesta.

A los 81 años, y siempre con la Biblia a su alcance, don Felipe era un hombre resignado, un filósofo de la vida que gozaba haciendo el bien, ayudando en sus pequeñas necesidades a los compañeros de asilo, adonde había llevado los restos de su hogar, la serena melancolía de su viudez, el estoicismo de su cuerpo que se derrumbaba por dentro. Sin embargo era, como suele decirse, un hombre *positivo*, cuyo temperamento le hacía ver siempre el lado bueno de las cosas. Por eso se sentía a gusto en ese ámbito, y agradecía a Dios por su buena suerte.

Don Felipe me daba consejos: que debía ahorrar una parte de mi sueldo para cuando fuera viejo, que no debía confiar así nomás en la gente, que había que cumplir con Dios y hacer el bien. Y todo lo decía con una sonrisa cómplice, como si me transmitiera secretos largamente meditados. Esos secretos de hombre pulcro que eran su recóndito orgullo, el toque de un prestigio que había construido para sí, para su propia estima de sí mismo.

Lo traté durante poco tiempo, pero quise a este hombre de grandes orejas que me hablaba de sus épocas de negociante, cuando era joven y próspero y utilizaba su dinero para socorrer a parientes en aprietos. Hoy fui a visitarlo, pero había un hueco en el aire, un tremendo vacío en el lugar que usted ocupaba junto a la mesa del corredor, donde hablábamos de la vida y empezábamos a querernos.

Perdone, don Felipe, pero usted no puede haberse muerto así como así, no puede haberse ausentado de este día de sol, de este verdor y estos cantos de pájaros.